

DE LOS PATRIOTAS ARGENTINOS

(SEGUNDA PARTE Y FINAL)

En 1975 el doctor Favaloro crea la fundación que lleva su nombre. En 1992 inicia en ese lugar el Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular, y en 1993 la Universidad. Sin donaciones privadas de relevancia, la Fundación creció gracias a los aportes del Estado.

A pesar de que le ofrecieron el Ministerio de Salud en cuatro oportunidades jamás le interesó ningún cargo en el Estado ni fue titular de un servicio en un hospital público.

Estudioso de la historia de América Latina y admirador de los próceres de la Independencia, escribió en 1984 “¿Conoce usted a San Martín?” y en 1991 “La memoria de Guayaquil”. Es autor de alrededor de 350 trabajos científicos.

Incómodamente sincero, en 1999 declaró:

“Tenemos médicos a rolete que no encuentran dónde trabajar. Sólo uno de cada cuatro o cinco de los graduados tiene acceso a una residencia. Un gran porcentaje no está capacitado para ejercer”.

Honesto, perseverante, noble, obsesivo, austero, solidario, idealista, convencido de la función social de la medicina rechazaba cualquier tipo de mercantilismo, operando por igual a ricos e indigentes, nunca cobró un sueldo, viviendo de su consultorio privado.

Finalmente se quebró su voluntad de lucha, víctima de un sistema de corrupción institucional generalizado... En carta del 14 de agosto de 1997 denuncia que funcionarios del PAMI solicitaban coimas de un 30% al principio y 18% después, para que la Fundación pudiera cobrar deudas atrasadas.



En 1998 muere su esposa Antonia. No habían tenido hijos. En 1999 el entonces presidente De La Rúa estaba demasiado ocupado como para responderle llamados... Inicia un romance con su secretaria, 46 años menor, Diana Truden, con la que planea casarse.

El 22 de junio de 2000, en carta a uno de los directores de La Nación, José Escribano, confiesa que se ha transformado en un mendigo, soportando gestiones que caen en el vacío, en medio de deudas cada vez mayores y una crisis económica que hundía cada vez más el país.

Tal vez harto de mediocridad, indiferencia y luchas imposibles en un país inviable, el sábado 29 de julio de 2000, en el baño de su departamento en Barrio Parque, se duchó, se afeitó, y a las 1630, con un certero disparo de revólver, después de haber cuidado tantos corazones, destruyó el suyo propio.

En una de las siete cartas de despedida había ordenado que lo cremaran sin ceremonias religiosas ni civiles y arrojaran sus cenizas en los montes cercanos a Jacinto Aráuz. “No puedo cambiar. Prefiero desaparecer”, dice en otra...

VÉRTICE CULTURAL “RAMON ISMAEL BARBÁ”

Boletín de Distribución Gratuita.
Registro de la Propiedad Intelectual
en Trámite.

Directora: NORMA J. BARBA
Diseño Gráfico: Mariana Muriago
Impreso en Autotipia Gráfica

Todos los Boletines de Vértice Cultural están disponibles en www.museodelcarnaval25.com.ar

Vértice Cultural

Ramón Ismael Barbá



9 y 304, Veinticinco de Mayo (PBA) • E-Mail: vertice.barba25@fibertel.com.ar
www.museodelcarnaval25.com.ar • Tel. 02345.15.68.6630

INFORMACIÓN Y NOTICIA

El 7 de junio se celebra el Día del Periodista, a propósito de la aparición en 1810 del primer

número de la Gazeta de Buenos Aires, fundada por Mariano Moreno. Queremos entonces recordar a un periodista veinticinqueño, fallecido el 6 de junio de 2013, Pedro Sánchez. Reproducimos una nota suya publicada el domingo 25 de agosto de 2002 en La Nueva Provincia de Bahía Blanca.

“Para la pregunta sobre cuál es la profesión más antigua del mundo hay una respuesta: el periodismo. Todo empezó hace 35 ó 40 mil años. Pero sólo adquirió fecha cierta cuando un pastor descubrió, en 1868, las pinturas en las cuevas cantábricas de Altamira. En esos muros, el hombre del paleolítico había dibujado primero y puesto color después a figuras de bestias que vagaban por las cercanías.

Los antropólogos dedujeron que las pinturas no tenían ningún objetivo artístico y que sus autores estudiaron sobre ellas los puntos vulnerables de las anatomías animales, para ir al ataque achicando riesgos y aumentando las chances de cobrar las presas. Si algo de esto fue arte, todo tuvo que ver con la supervivencia y no con el placer estético.



Sobrevivir significaba planificar para matar, situación que nos remite a conceptualar al arte

como tragedia y tal vez por eso, porque la tragedia o lo trágico están relacionados tanto con la vida humana como con la escena del mundo, la Historia repita sus ciclos sin desviarse de su identificación con el conflicto y a pesar de Hegel, sostenedor de la tesis del conflicto continuamente resuelto y superado en el orden perfecto del todo.

Pero lo que puede afirmarse, haciendo distancia del debate filosófico, es que el periodismo nació literario, como definen los españoles, o gráfico, según la identificación local, y que el periodista prehistórico supo diferenciar la información de la noticia poniendo, hace miles de años, el fundamento de una ética profesional perdida. Porque cuando pintó las bestias en las paredes de sus cuevas, lo hizo para tener información y sólo convirtió a ésta en noticia cuando alguien regresó arrastrando la pieza capturada.

Los periodistas literarios, cofradía a la que pertenecí, son buscadores de información y, como tales, están provistos de la paciencia y

continúa en página siguiente >

< viene de la página anterior

de la cordura necesarias para establecer que los datos reunidos y comprobados con rigor posible de identificar con los investigadores científicos, están en condiciones de convertirse en noticia. Sin embargo, esos valores han sido pasados por el esmeril de la improvisación y la imprudencia, una vez que primero la radio, y mucho después la televisión, admitieron que cualquier información era noticia, y transformaron lo incierto en certero, práctica obscena, en cuanto se trata de transmitir o mostrar lo que sin verificación previa debe estar “fuera de la escena”.

Hasta entrados los años 60, los periodistas de radio y de la incipiente televisión habían hecho periodismo literario, estaban formados en la escuela correcta y tenían bien claro las reglas no escritas que imponían ética y pudor en el manejo de la información. Aceleraban para comprobar datos y no para conmovir con imprudentes primicias. Aun en los 70 y en las radios de Buenos Aires, donde el número de periodistas de origen literario era menor que en el interior, a nadie se le ocurría mandar al aire la información de un accidente de tránsito en una calle o ruta cualquiera, con heridos o víctimas fatales, sin tener la identidad de los perjudicados y sin la comprobación previa de que la notificación a los deudos había sido anticipada por la autoridad competente.

Hoy es constante el acoso sin clemencia con informaciones fragmentadas que caen sin misericordia sobre una sociedad asediada por la inseguridad, donde una de las tareas domésticas más obsesivas consiste en verificar quién está en casa y por dónde andan los que no están o deberían estar.

Esta conducta degradante de la función periodística se aprecia especialmente en radio y, con índice superlativo, en televisión, cuando se trata de asuntos institucionales o políticos. Cualquier versión, que siempre es “circulante”, adjudicada sin verificación alguna a “fuentes generalmente bien informadas” o “dignas de

crédito” o a “funcionarios con acceso directo a los niveles más altos del poder”, se transforma en noticia.

Favorece este comportamiento la impudicia de infinidad de legisladores o gobernantes que entregan información a cambio de la “preservación de la identidad de la fuente”, actitud defensiva que demuestra la precariedad moral del informante.

Muchos periodistas (el periodismo es la única profesión que se ejerce porque no hay ninguna ley que lo prohíba, solía decirme un secretario de redacción que tuve en Mar del Plata) también inventan cosas que procuran colocar en el indescifrable bazar que abren cotidianamente bajo el rótulo de “programas de actualidad”.

Todo conductor o columnista que se precie estuvo desayunando con un “alto funcionario de la embajada norteamericana”, almorzando con una “persona de acceso directo al presidente”, tomó la merienda con el “consultor más escuchado en el ámbito de las finanzas, y cenó con “un jefe militar de alto rango y mando de tropa”. Es posible que el narrador no haya visto a nadie importante en el día, pero eso es lo de menos. Lo importante es contarlos de manera aceptable y tratar de “medir bien”, porque una caída de la audiencia puede trocar el invento del festival gastronómico en un choripán comido al paso.

Jaeger lo advirtió hace más de cincuenta años: “La felicidad y la fortuna no permanecen largo tiempo en manos de su usufructuario”. El filósofo alemán se refería en *Paideia* a la tragedia griega, pero es una observación para tener en cuenta porque es complicado negar que no estemos viviendo en una tragedia, que en oposición a aquella no sabemos cuando llegará ni quién proveerá la “purificación de las emociones”.



DE LOS PATRIOTAS ARGENTINOS (PRIMERA PARTE)

El doctor René Gerónimo Favalaro nació en el barrio “El Mondongo”, de los empleados de la industria frigorífica de La Plata, el 14 de julio de 1923. Familia de origen siciliano, su padre era carpintero y su madre modista.

Según cuenta en su libro “Recuerdos de un médico rural” (1980) “la medicina fue vocación en mí desde siempre. Mi madre refiere que ya a los cuatro o cinco años manifestaba deseos de ser médico”. Influencia decisiva en tal sentido fue Arturo, su tío médico, el único profesional en la familia.

Estudió en el Colegio Nacional de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP), donde conoció a su futura esposa, María Antonia Delgado. En la UNLP estudiaría medicina entre 1941 y 1948, egresando en 1949 hizo su residencia en el Hospital Policlínico.

En 1950, enfermo Dardo Rachou Vega, el único médico de un pequeño pueblo de La Pampa Jacinto Aráuz, su tío Arturo le ofrece ir a trabajar por tres meses. Recuperado el doctor Rachou le ofrece permanecer en el lugar. René acepta, vuelve a La Plata para casarse con su novia Antonia, y suma al equipo de trabajo a su hermano, Juan José, también recibido médico en La Plata. Hasta 1961 el doctor Favalaro trabajó en el lugar. Reveló sus dotes de excelente organizador, impulsó la medicina preventiva, fue lúcido pedagogo, sobresaliente y abnegado profesional que atendía gratis a los sin recursos y lograba que peregrinaran a su clínica desde ciudades más



importantes para operarse con él. Era humilde, meticulouso, de temperamento fuerte, generoso, siempre serio, pocas veces se lo ve sonriendo.

En febrero de 1962, después de doce años como médico rural, René Favalaro decide trasladarse a Ohio, Estados Unidos, donde desarrolló intensa actividad en la Cleveland Clinic Foundation, como miembro del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular.

El 9 de mayo de 1967, fecha clave en la historia de la cardiología mundial, Favalaro realizó la primera cirugía directa de revascularización miocárdica, o bypass, con el objeto de crear canales alternativos, puente aortocoronario, cuando se tapa una de las arterias que irrigan el corazón.

En 1968 la Cleveland Clinic comenzó a aplicar el bypass de forma sistemática. Favalaro fue escuchado en nutridos congresos y su libro “Tratamiento quirúrgico de la arteriosclerosis coronaria” (1970) fue traducido a varios idiomas.

En octubre de 1971 rechaza una oferta de dos millones de dólares para quedarse en los Estados Unidos. Ilusionado y sabiendo que no existía en su querida Argentina una cirugía cardiovascular de calidad, dice: “Una vez más el destino ha puesto sobre mis hombros una tarea difícil. Voy a dedicar el último tercio de mi vida a levantar un Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular en Buenos Aires.”